

HOMENAJE A LA MEMORIA

DE

D. ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS,

D. VENTURA DE LA VEGA

Y

D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO

EN SU PRIMER CENTENARIO

Discursos pronunciados en la solemne sesión académica
del 5 de diciembre de 1965

Semblanza literaria y social de Ventura de la Vega

Ondeaba todavía soberana la bandera española sobre las amarillas aguas del Río de la Plata cuando el día 14 de julio de 1807 nació en la ciudad de Buenos Aires D. Buenaventura de la Vega y Cárdenas, hijo legítimo de D. Diego y D.^a Dolores. Su padre, español de pura cepa, ocupaba un alto destino en la capital del virreinato; su madre había nacido allá, de una noble familia criolla. Quedó viuda la señora cuando este hijo sólo contaba cinco años y, muy pocos después, lo envió a España, esperanzada con la hipotética herencia, nunca realizada, de un lejano pariente que había prometido nombrar su heredero al pequeño Ventura, quien ya no regresó nunca a su Buenos Aires natal ni volvió a ver a su madre.

En la Corte, donde a la sazón reinaba el señor don Fernando VII, se hizo cargo del niño un primo de su padre, empleado en la Secretaría de Hacienda, que lo recibió con afectuoso cariño y dispuso que empezara sus primeros estudios en un colegio a cargo de los jesuitas. Más tarde, lo trasladó al muy prestigioso que en la calle de San Mateo estableciera D. Juan Manuel Calleja, donde enseñaba Humanidades un profesor tan ilustre como don Alberto Lista. Allí fueron condiscípulos de Ventura, entre otros que darían esplendor a las letras hispanas, el poeta Espronceda, D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, y D. Mariano Roca de Togores, luego Marqués de Molins. En unos tercetos, dedicados a éste, recordaba varios años después nuestro poeta su colegio y a sus condiscípulos:

“Contigo me crié, contigo un día,
 en las aulas bebí de San Mateo
 el fuego de la hermosa poesía.

Allí vimos brotar los generosos
 alientos de cien jóvenes, que ahora
 son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí, rayar en su brillante aurora,
 de Espronceda, ¡oh, dolor!, el genio ardiente
 que el soplo de la muerte heló a deshora.

¡Allí Pezuela, en lira delicada,
 probó la diestra, que empuñar debía
 la épica trompa y la fulmínea espada.”

Allí, digo yo en prosa, escribió Ventura de la Vega sus primeros versos, en colaboración nada menos que con Espronceda, su camarada de clase.

Aquellos dos vates infantiles —Espronceda y De la Vega— en la firma de sus primeros versos se llamaron: “Dos ingenios de esta Corte”. Lo firmado así era una diatriba contra uno de sus profesores, que no es necesario transcribir.

La imaginación creadora de Ventura de la Vega se resistía en el colegio al estudio de las Matemáticas, al tiempo que hacía prodigiosos adelantos en Humanidades, en Historia y, sobre todo, en declamación. Yo tengo para mí que ésta fue su verdadera o más grande vocación. Siempre gustó de representar comedias propias o ajenas y es muy probable que su profesión de autor dramático fuera sólo un derivativo de su verdadera afición, que consistía, más que en escribir dramas, en representarlos. No es extraño, porque todos amamos el arte en que más nos distinguimos. El fue, según testimonio de sus contemporáneos, un formidable actor; malogrado, porque nunca se atrevió a ser profesional, quizá por el poco aprecio que en su época sentíase por los actores, pero como aficionado, superó a casi todos los profesionales de su época. Leía tan bien que a veces engañaba a su auditorio, haciendo parecer como buenísima una obra que luego, a la hora de la verdad, cuando era representada por actores inferiores a él, lo que fue gran éxito de lectura acababa poco menos que en un fracaso. Así su-

cedió con la tragedia “La Muerte de César”. El Conde de Cheste, Director que fue de esta docta Corporación, nos relata lo ocurrido durante la lectura de esa obra, en una velada que se celebró en casa del Marqués de Molins. “Encantados nos tuvo —dice Cheste— por espacio de tres horas el autor y actor a un tiempo”. Y el Duque de Rivas, al abrazarle en efusiva felicitación, exclamó: “Eso es romano, Ventura, eso es grande”. Pero años más tarde, cuando esta tragedia llegó al público, los aplausos no correspondieron a los de la lectura y duró poco en el cartel. Es de notar que el mismo Conde de Cheste, amigo íntimo y admirador sincero de su biografiado, se refiere muchas veces a sus grandes éxitos de lectura y casi ninguna al de sus estrenos, si bien hace una excepción con “El Hombre de Mundo”, la comedia más popular de Vega, de la que hablaremos después. Antes, cabe preguntarnos: ¿qué fue Ventura de la Vega en su tiempo y qué estimación literaria puede merecer en el nuestro? Excusado es decir que su teatro y sus poesías no están hoy vigentes. Pero, como dice muy acertadamente Pérez de Ayala en el prólogo de la última edición de “Las Máscaras”, revisando sus anteriores juicios sobre el teatro de Benavente: “un autor dramático, más que ningún otro escritor, tiene que pertenecer a su época, que es un modo de pertenecer a la Historia. Un ser vivo necesita, para no perecer, respirar el aire ambiente; no el de Grecia hace veinte siglos ni el de una utopía venidera”. Para juzgar a Ventura de la Vega, como a cualquier otro escritor, sobre todo si se trata de un dramaturgo, debemos, pues, trasladarnos a su época y hallaremos que en ella destaca como habilísimo y correcto autor de versos y de dramas: mejor versificador que poeta y más frecuente traductor de producciones extranjeras que creador de originales, ya que, salvo unos pocos apópsitos y varias piezas en un acto, con música o sin ella, sólo tres obras que podríamos llamar grandes, tanto por su extensión en más de tres actos como por su mérito, figuran en su haber: la comedia “El Hombre de Mundo”, el drama histórico “Don Fernando el de Antequera” y la tragedia, también histórica, “La Muerte de César”.

La comedia, perfectamente lograda, se hizo en su tiempo muy popular, lo que demuestra una vez más que una composición dramática puede ser mejor o peor, pero que, cada uno con su alcur-

nia propia, no hay géneros malos. Tal nos lo hace pensar el caso de nuestro autor, en el que su mejor producción teatral, o al menos la más popular, es esta comedia de costumbres titulada "El Hombre de Mundo". No pensarían así, probablemente, los insignes varones que con tanto entusiasmo acogieron la lectura de "La Muerte de César", pero el hecho es que el público, supremo juez, prefirió la primera. Es ésta una auténtica comedia de época, de circunstancias locales, en la que los eternos problemas y pasiones humanas son tratados por el autor en diálogos versificados, con giros de su tiempo. Los caracteres están trazados de mano maestra, y si, a veces, encontramos en ellos rasgos de ingenuidad no debemos culpar al autor, sino a las costumbres e idiosincrasia de una época no muy afortunada, ciertamente, en todos los órdenes.

"Don Fernando el de Antequera" es, a mi juicio, un modelo de drama histórico, en el que hace gala D. Ventura de su gran conocimiento del teatro. Sus recursos, al servicio de la interesante intriga histórica, nos inducen a calificar esta obra como la más teatral y sugestiva de las tres. Es una opinión personal mía y, como tal, posiblemente equivocada, pues ya hemos señalado que la de mayor éxito fue la comedia. También creo que los mejores versos de su autor están en este drama, pulcramente escrito en redondillas y romance clásico. Es todavía una obra romántica, mientras que "El Hombre de Mundo" es ya una comedia que nada tiene de aquel género romántico que ha comenzado a declinar, tras de su efímera vigencia.

"La Muerte de César" es una tragedia clásica, compuesta toda ella en endecasílabos asonantados, un tanto pomposos y bien sonantes, en la que su autor ha optado por desviarse de la autenticidad histórica con más libertad que en "Don Fernando el de Antequera". Leyendo en nuestros días "La Muerte de César", nos impresiona observar cómo, al concebir una obra histórica, reproduciendo sucesos acaecidos hace veinte siglos, un escritor puede dejarse influir por hechos recientes de su país y de su tiempo. Así, el "¡Vivan las caenas!", del 1823 español, influye en el ambiente político que refleja Ventura de la Vega en la Roma de Julio César.

Ya hemos dicho que nuestro preclaro escritor, en sus labores teatrales, hizo más traducciones que piezas originales. Pero es

justo proclamar que en aquéllas la adaptación al castellano es muchas veces, casi siempre, superior a la obra de origen. Así lo reconoce Mariano José de Larra, el crítico más prestigioso y severo de aquella época, al juzgar las numerosas traducciones que, sobre todo del francés y concretamente de Scribe —“el autor francés que más escribe para España”, según el propio Fígaro—, hizo en su vida Ventura de la Vega. Dice el ilustre crítico al juzgar “El Vampiro”: “Arreglada a nuestra escena por mano maestra, comenzaremos por hacer justicia al traductor, quien, no sólo la ha adaptado bien, sino que la ha salpimentado con gracias propias y picantes. Alabar en esta parte al Sr. Vega no es más que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. En iguales o parecidos términos se expresa Larra en otras críticas de los mismos autor y adaptador: en la de “La Nieve”, en la de “Las Capas”, en la de “La vuelta de Estanislao”, de la que dice que “ofrece una nueva prueba de los muchos recursos del autor y, sobre todo, de la destreza del traductor”; en la de “El Diplomático”, donde afirma que “La traducción está tan bien hecha que nunca se trasluce en ella la huella del original”.

Hubiera sido en verdad curioso conocer los juicios que a “Fígaro” inspiran las obras originales del Sr. De la Vega. ¡Lástima grande es que, cuando aquél murió, aún no habían sido escritas!

Lo profuso de las traducciones es una prueba más del gran amor que por todo lo que fuera teatro sentía D. Ventura. Se divertía traduciendo y mejorando las comedias ajenas que le gustaban. Esta afición, por encima de toda profesionalidad, se acusa también en sus apropósitos, escritos en prosa excepcionalmente, para conmemorar aniversarios de Lope de Vega y de don Leandro Fernández Moratín: “Fantasía Dramática” y “Crítica de «El Sí de las Niñas»”, exaltando la gloria de ambos autores.

Otro apropósito había escrito y estrenado ya, esta vez en verso, su género habitual, con motivo del solemne traslado de los restos de Calderón, el 18 de abril de 1841, desde la iglesia del Salvador al cementerio de la Sacramental de San Nicolás. En esta pieza los personajes son simbólicos, al modo de los Autos Sacramentales del glorioso dramaturgo: La Religión, La Ignorancia,

El Tiempo y El Ingenio. De este último hizo gala una vez más nuestro autor al glosar la obra de D. Pedro Calderón de la Barca.

Sí. Ventura de la Vega amaba el teatro: como actor, como autor, como traductor, como director de escena. Antes de estreñarse "El Hombre de Mundo" en el escenario de El Príncipe, se había representado entre aficionados, dirigido por él, en el teatrillo casero de la Quinta que poseía en Carabanchel la Condesa de Montijo. Excusado es decir que el autor-actor interpretó el más importante papel masculino. Y el femenino, una muchacha de dieciocho años, predestinada para los más altos destinos de Europa: Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que pocos años después iba a ser coronada como Emperatriz de los franceses. Acompañaron en el reparto a los protagonistas el Duque de Alba, ya casado con la hermana mayor de Eugenia, y jóvenes de ambos sexos pertenecientes a la más alta aristocracia española. Ellas y ellos eran los íntimos amigos de D. Ventura, pues una de las facetas de su personalidad fue la de ser, él mismo, un hombre de mundo. En todos los tiempos hubo escritores gustosos de encerrarse en su torre de marfil; otros, aficionados a las tertulias y cenáculos literarios, y algunos, los menos, frecuentadores del gran mundo. Entre los últimos podemos clasificar a Ventura de la Vega, quien, como D. Juan de Tarsis, dos siglos antes, y Ortega, Eugenio D'Ors y Agustín de Foxá, un siglo después, brilló en la sociedad aristocrática de su tiempo al amparo de una popularidad auténtica que le permitía ser, al mismo tiempo, hombre de la calle y hombre de mundo, hasta el punto de que pudo decirse de él, como de Villamediana, que, cuando murió, Madrid fue menos Madrid. Seguramente le ayudó mucho en sus éxitos sociales la íntima amistad que, desde sus años juveniles, mantenía con el Duque de Rivas, el Conde de Cheste y el Marqués de Molins, pero la mejor ayuda fue, indudablemente, su arrolladora simpatía personal, que le abría puertas y corazones. Hoy podemos encontrar su firma en los álbumes de las más conocidas damas de aquella época, entre ellas la Reina Gobernadora, la Duquesa de Frías, la Condesa de Montijo, Carmen Agar, Sofía Carondolet; en el de mi abuela materna, D.^a Pilar León y Llerena de García de Torres, y en los de otras muchas. En el de la Condesa de Fuenrubia escribió unas redondillas que, por lo chusco del lance que las

inspiró, merecen un comentario. El importante periódico *La Correspondencia de España* dio una noche del año de 1864 la equivocada noticia de la muerte del ilustre escritor. Tratándose de una personalidad tan popular se produjo en Madrid el revuelo que es de suponer y fueron muchos los que acudieron contristados a su casa para rendir el postrer tributo de respeto y admiración al falso difunto. Este, con muy buen gusto, prefirió tomar a broma el lamentable error de *La Correspondencia* y teniendo sobre la mesa el álbum de su amiga la Condesa de Fuenrubia para ponerle unos versitos, escribió en él las citadas y donosas redondillas, que no resisto a la tentación de transcribir:

“Sabrás, María, que he estado,
 por mala *correspondencia*,
 privado de la existencia
 y casi, casi enterrado.
 Por fin con vida salí,
 y, huyendo de la que mata,
correspondencia más grata
 hoy, María, busco en ti.
 Si me concedes licencia
 de amarte cual tierno amigo,
 y de tu afecto consigo
 una fiel *correspondencia*,
 con satisfacción cumplida
 diré: ¡Bendigo mi suerte!
 Si una quiso darme muerte,
 otra viene a darme vida”.

Y dice la leyenda —yo no he logrado comprobarlo, pero lo oí contar toda mi vida— que, cuando al año siguiente, murió de verdad, *La Correspondencia de España* empezaba su información así: “Por fin ha fallecido ayer en Madrid el ilustre escritor D. Ventura de la Vega.”

Transcurrió su vida en períodos turbulentos de nuestra historia. Aún no había cumplido un año cuando empezó en España la heroica guerra de la independencia contra Napoleón. Poco después de ganarla, perdíamos América. Las primeras luchas entre absolutistas y liberales ensangrentarían muy pronto las calles de España. Cambian y se suceden los regímenes constitucional y rea-

lista. Cuando en 1833 muere Fernando VII, dejando como heredera de su corona una niña de tres años, el partido de la Tradición se alza en armas contra la reina niña, bajo la enseña y jefatura de su tío D. Carlos María Isidro. Guerra civil. Luego, el reinado de Isabel II, tan prolijo en vicisitudes de toda índole. Ventura de la Vega permanece al margen de las luchas políticas. A él no le interesa más que su teatro. En su primera juventud, influido, sin duda, por el ambiente estudiantil, de rebeldía, como suele serlo en la mocedad, había escrito una diatriba contra Fernando VII, pero pocos años más tarde, ya en los umbrales de la madurez, dedica al Monarca un Canto Épico, lleno de ditirambos:

“A ti, padre del pueblo que te adora,
lleguen los ecos de mi humilde lira;
y mi voz, de los siglos vencedora
será, gran Rey, si tu virtud me inspira.”

Tres lustros después es nombrado profesor de literatura de la Reina Isabel II y, más tarde, su secretario particular. El 28 de noviembre de 1845, la Real Academia Española lo recibe en su seno. En su discurso de ingreso, empieza recordando a D. Alberto Lista, a quien tanto debe su formación literaria. A continuación fustiga y combate al moribundo romanticismo.

Ya estamos en la mitad del siglo. D. Ventura es un hombre insustituible en tertulias literarias y fiestas de sociedad. Un día, la Reina le nombra su gentilhombre. Otro, Intendente General de la Real Casa y Patrimonio. Ocupa después la Subsecretaría del Ministerio de Estado. Un gran amigo suyo, D. Cándido Nocedal, siendo Ministro de la Gobernación, le favorece con el cargo de director del Real Conservatorio de Música y Declamación que, en verdad, cuadra mejor con sus aficiones y cualidades que la Subsecretaría de Estado. En 1853 visita Londres y París, donde es recibido con el mayor afecto por la Emperatriz Eugenia, su protagonista de antaño en “El Hombre de Mundo”. Vega ensancha sus amistades. En París asiste casi diariamente al teatro y en la Corte de Napoleón III le son presentados los escritores más famosos de Francia. Una existencia es la suya de muchas y diversas facetas, llena de éxitos literarios, políticos y sociales desde la madurez hasta su muerte, que le sorprende, según dice el Conde

de Cheste, en el discurso necrológico que leyó ante la Academia, “a los umbrales de fresca ancianidad, cuando su imaginación, todavía vigorosa, dirigida por el saber y la experiencia, prometía, aún, sazonados frutos”.

Había casado D. Ventura de la Vega a los treinta años con D.^a Manuela Oreiro, notable cantante de ópera, que murió joven, después de darle cuatro hijos, el mayor de los cuales fue Ricardo, autor del libro de esa joya de la zarzuela española titulada “La Verbena de la Paloma”. Me ha parecido que, entre las obras maestras de D. Ventura, no era dable omitir a su hijo Ricardo.

La intensa vida, jalonada de halagos, de D. Buenaventura de la Vega y Cárdenas, académico, poeta, dramaturgo y hombre de mundo, se extingue en su casa de la Villa y Corte. Sobre su féretro, la banda de la Gran Cruz de Isabel la Católica y el sombrero y el bastón de secretario de la Reina. Y sobre banda, sombrero y bastón, flores, muchas flores de las actrices de Madrid. Finalizaba el mes de noviembre de 1865. Acaban de cumplirse cien años. Y ésta es la razón, señoras y señores, de que la Real Academia Española haya querido honrar, en el día de hoy, su memoria por mi conducto.

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA.